

LA RANA Y DEL PRÍNCIPE JUAN

1º - 2º

Vivió una vez un rey que tenía tres hijos que eran mayor de edad. Un día el rey les hizo presentarse ante él y les dijo:

"Mis queridos hijos, vosotros ya sois mayores; ha llegado el tiempo de que busquéis una novia. Tomad arco y flechas y preparaos para disparar. Id a los prados reales y disparad en todas direcciones, luego marchad hacia el lugar donde se hingue la flecha y justo allí buscad a vuestra novia."

Los hijos cogieron las flechas, fueron a los prados reales y dispararon cada uno la suya: el mayor disparó hacia la derecha, el mediano hacia la izquierda y el más joven, el príncipe Juan, la proyectó justo hacia el frente.

Poco después, cada cual emprendió su camino en búsqueda de su flecha. El hermano mayor la encontró en casa de un ministro, el mediano en casa de un general, y los dos se casaron con sus bellísimas hijas. Sin embargo, el príncipe Juan buscó durante mucho tiempo la suya, mas no logró encontrarla, poniéndose muy triste.

Dos largos días caminó atravesando bosques y montes, hasta que, en el tercer día llegó al borde de un pantano. Allí, justo en el medio, vio sentada a una rana enorme que tenía en su boca la flecha que él mismo había disparado. Juan quiso huir para librarse de su hallazgo, pero la rana exclamó:

"Cuá-cuá, príncipe Juan, ven aquí y toma tu flecha. Si no la tomas no saldrás del pantano por toda la eternidad."

Nada más haber expresado aquellas palabras la rana dio una voltereta y, al instante, apareció una pérgola decorada bellísimamente. Entonces la rana hizo entrar al príncipe Juan en ella.

"Yo sé", dijo la rana, "que no has comido nada en tres días. ¿No quisieras comer algo?"

Y de nuevo dio una voltereta. En aquel mismo momento apareció una mesa con ricos manjares y bebidas. Juan se sentó en la mesa, comió y bebió hasta que ya no sintió nada de hambre.

"Escucha", dijo la rana, "tu flecha voló hasta mí, así que tendrás que casarte conmigo, pero, si no lo haces, nunca jamás saldrás de este pantano".

Juan se puso muy triste y no sabía cómo actuar. Se paró a pensar durante largo tiempo, y finalmente cogió a la rana en sus manos y se la llevó a su reino. Cuando llegó, sus dos hermanos y sus esposas se burlaron de él.

oOo

Pasado un tiempo, el rey llamó a sus hijos y les dijo:

- "Mis queridos hijos, ahora que los tres estáis casados, quisiera ponerme una camisa, hecha por vuestras esposas."

Dio un trozo de lino a cada uno y les indicó que las camisas tenían que estar listas para el día siguiente.

Los dos hermanos mayores llevaron el lino a sus esposas. Ellas en seguida llamaron a todas sus nodrizas y sirvientas para que les ayudasen a coser las camisas. Las bellas cuidadoras y sirvientas llegaron corriendo y se pusieron a trabajar: unas cortaban la tela, otras cosían. Mientras tanto las dos cuñadas mandaron a la criada menos estimada por ellas para que observase, cómo la rana cosía la camisa.

Justo en el momento en el que la criada entró en los salones del príncipe Juan, éste llegaba con su trozo de lino y, tristemente, lo puso sobre la mesa.

- "Príncipe Juan, ¿cómo es que estás tan triste?" pregunto la rana. *"Cómo no voy a estar triste"* respondió Juan, *"mi padre ha ordenado, que cosas una camisa con este lino y tiene que estar lista para mañana."*

- "No llores, no te aflijas," dijo la rana, *"vete a dormir, que la mañana es más sabia que la tarde, todo irá bien."*

La rana tomó unas tijeras y cortó el lino en pequeños trozos, después abrió la ventana, lanzó los trocitos al viento y exclamó:

- "Vosotros los vientos que sopláis, llevaos los trocitos de lino con vosotros y confeccionad con ellos una camisa para mi suegro!"

Al ver todo eso, la criada volvió a casa y contó a las nueras reales que la rana había cortado el lino en trocitos y los había tirado por la ventana. Ambas se rieron de la rana y dijeron:

- ¿Qué clase de camisa hará para el rey mañana?

Al día siguiente el príncipe Juan se despertó y la rana le entregó una camisa.

- "Príncipe Juan, llévale a tu padre esta camisa."

El príncipe tomó la camisa y se la llevó a su padre. Los hermanos mayores también trajeron sus camisas. El rey examinó primero la camisa del hijo mayor y dijo:

- "Esta camisa está cosida como se cosen las camisas normales y corrientes."

Tomó la camisa del hijo mediano y comentó que tampoco era de mejor calidad. Pero cuando el hijo más joven le entregó la suya, se quedó muy asombrado al mirarla: no se podía percibir ni una sola costura, estaba hecha como de una sola pieza.

Entonces el rey dijo:

- "Esta camisa me la pondré solamente en los días festivos más solemnes."

Pasado un tiempo el rey hizo venir a sus hijos por segunda vez y les dijo:

- "Queridos hijos, quisiera saber si vuestras esposas saben bordar con oro y plata."

Tomad seda, oro y plata y hacedles bordar una tapiz hasta mañana!"

Las esposas de los dos hijos mayores llamaron a sus nodrizas y sirvientas para que les ayudasen bordar los tapices. Enseguida llegaron las nodrizas y sirvientas y comenzaron a bordar, unas con el oro, otras con la plata, y otras con seda.

De nuevo mandaron a la criada para informarles de la manera en que la rana haría su trabajo. El príncipe Juan trajo el oro, la plata y la seda, y en su cara se notó una expresión de tristeza. La rana estaba sentada en una silla y le preguntó:

"Cuá-cuá, príncipe Juan, ¿porque estás tan triste?"

"Cómo no voy a estar triste", respondió él, *"mi padre ha ordenado bordar un tapiz con oro y plata, y que tiene que estar terminado mañana por la mañana."*

"No llores, no te afijas", dijo la rana, *"vete a dormir, que la mañana es más sabia que la tarde."*

Cogió unas tijeras y cortó la seda, el oro y la plata en trozos, luego lanzó todo por la ventana exclamando:

"Vosotros, vientos que sopláis, traedme aquel tapiz con el que mi padre suele cubrir sus ventanas!"

Cuando las nueras escucharon todo aquello por boca de la criada, pensaron que lo podrían intentar de la misma manera. Esperaron y esperaron, pero como los vientos no les traían ningún tapiz, mandaron a comprar oro, plata y seda, y comenzaron a bordar los tapices, tal y como siempre lo habían hecho.

Por la mañana, cuando el príncipe Juan se había levantado, la rana le entregó el tapiz.

Los tres hermanos trajeron sus tapices al palacio y el rey eligió primero el tapiz del hijo mayor diciendo:

"Este tapiz solamente sirve para tapar a los caballos en los días de lluvia."

Recibió el tapiz del hijo mediano y añadió:

"Éste podría ser extendido en la entrada, para que la gente se limpie los pies en él."

Pero cuando vio el tapiz que había traído el hijo más joven, no podía salir de su asombro:

"Este tapiz se extenderá sobre las mesas en los días de fiesta."

Ordenó entonces guardar la alfombra y tratarla con sumo cuidado.

A sus hijos mayores les dijo, devolviéndoles los tapices:

"Llevadlos a vuestras esposas, se pueden quedar con ellos."

Después de un tiempo el rey les dijo a sus hijos:

"Ahora, queridos hijos, desearía comer pan, hecho por las manos de vuestras esposas."

Al escuchar las nueras la nueva tarea, mandaron enseguida a la criada para que se enterase, de cómo lo iba a hacer la rana. En este mismo instante entró el príncipe Juan en sus habitaciones con apariencia triste.

"Cuá-cuá, príncipe Juan, ¿porque estás tan triste?"

"Cómo no voy a estar triste", respondió él, *"mi padre quiere comer pan hecho por tus manos."*

"No llores, no te aflijas", dijo la rana, "yo lo haré."

Ordenó entonces traer levadura, harina y agua; vertió la harina sobre la levadura, añadió el agua, lo mezcló todo y lo amasó. Después metió la masa en el horno frío, cerró la puertecita de golpe y dijo:

"Cocínate, pan, hazte puro, suave y blanco como la nieve!"

La criada volvió a casa de las nueras y dijo:

"No acabo de comprender por qué el rey siempre está alabando a la rana. No sabe hacer nada que sirva."

Pero las nueras quisieron intentar hacerlo igual. Mezclaron harina con agua fría y vertieron la masa en el horno frío. Mas cuando se dieron cuenta de que todo se derretía, mandaron a traer de nuevo más harina, la mezclaron con agua templada y metieron la masa en un horno caliente. Como estaban preocupadas de llegar tarde, se apresuraron tanto, que el pan de una de ellas se quemó y el de la otra se quedó a medio cocer.

La rana sacó su pan del horno y vio que era un pan puro, suave y blanco como la nieve.

Los hermanos llevaron sus panes y los entregaron al rey. El padre recibió el pan del mayor, lo examinó y objetó:

"Un pan como éste solo se comería en caso de hambruna"

Examinó el pan del hijo mediano:

"¡Tampoco éste ha salido mejor!"

Pero tomando el pan del más joven ordenó ponerlo en la mesa para los invitados reales.

oOo

Llegó el día de la boda. El príncipe Juan iba en una carroza y la rana fue transportada sobre una bandeja de oro.

Al caer la noche los recién casados entraron en sus habitaciones del palacio. La rana se quitó su piel de rana y una bella doncella apareció delante de Juan. De día volvió a su apariencia de rana y Juan vivía feliz y contento con ella.

oOo

El príncipe Juan volvió a su casa, cogió la piel de rana y la quemó. Al llegar su esposa, buscó la piel en toda la casa pero no la pudo encontrar.

"Ay", dijo, "príncipe Juan, ¿por qué no tuviste un poquito más de paciencia? ¿Cómo no has podido esperar? Ahora tienes que salir a buscarme. Búscame detrás de "tres-veces-nueve países en el tres-veces-décimo reino, en el reino debajo del sol. Tienes que saber que ahora me llamo Basilisa la sabia."

Dicho esto se desvaneció

El príncipe Juan no encontraba consuelo y lloraba a lágrima viva. Después emprendió el camino en búsqueda de Basilisa-la-sabia,

oOo

(Estando lejos o estando cerca, siendo corto o siendo largo, muy pronto se cuenta un cuento, pero no tan rápido se realiza una acción)

Finalmente el príncipe llegó a una cabaña que se levantaba sobre patitas de gallina y giraba sin parar. Entonces gritó:

"Cabañita, cabañita, colócate con la espalda al bosque y con la frente hacia mí!"

Al decir esto la cabaña paró y el príncipe Juan entró en ella. En una esquina estaba sentada la Baba-Yaga! Con voz iracunda exclamó:

"¡Hasta el día de hoy nunca he visto el espíritu ruso con mis ojos, nunca lo he escuchado con mis oídos, mas ahora el espíritu ruso aparece ante mis ojos!"

"Príncipe Juan, ¿cómo es el asunto, ¿vienes voluntariamente o vienes por obligación?"

"Vengo voluntariamente pero dos veces vengo forzado," respondió Juan y contó todo lo que había acontecido.

"Me das lástima", dijo la Baba-Yagí. "Permíteme ayudarte y estaré a tu servicio. Te enseñar a Basilisa-la-sabia. Todos los días llega volando a mi casa para descansar. En el momento que llegue intenta cogerla por la cabeza. Si logras atraparla se convertirá en una rana, después en un sapo, después en una serpiente y finalmente en una flecha. Rómpela en dos pedazos pues así la conquistas y será tuya para siempre. Mas, estate atento, una vez conquistado a tu esposa, no la sueltes."

La Baba-Yaga escondió al príncipe Juan y nada más esconderle, llegó volando Basilisa-la-sabia. Sigilosamente Juan se le acercó, la cogió por la cabeza y ella enseguida se convirtió en rana, en sapo y en una serpiente. El príncipe Juan se asustó y abrió su mano y al instante desapareció Basilisa.

"Cómo no has podido sujetarla, no podrás encontrarla aquí nunca más. Pero, si quieres, vete a casa de mi hermana. Basilisa-la-sabia también descansa allí"

La casita estaba puesta sobre las patas y de gallina y giraba sin parar.

"Cabañita, cabañita, gírate con la espalda al bosque y con la frente hacia mí", exclamó.

Y la casita paró. Al entrar encontró en la esquina a la otra Baba-Yaga, que le recibió con las mismas palabras:

"Hasta el día de hoy nunca he visto al espíritu ruso con mis ojos, nunca lo he escuchado con mis oídos, mas ahora es el espíritu ruso mismo que aparece ante mis ojos!"

Príncipe Juan ¿cómo vienes?, ¿vienes voluntariamente o forzado?"

"Vengo voluntariamente, pero dos veces forzado," respondió Juan y contó lo que le había pasado.

"Me das lástima, permíteme que te ayude y estaré a tu servicio. Basilisa-la-sabia también descansa aquí y ya sabes cómo tienes que actuar"

El príncipe Juan cogió por la cabeza a Basilisa y en seguida se transformó en rana, después en sapo y en serpiente, y por mucho que Juan intentó sujetarla, el susto le hizo abrir la mano y Basilisa desapareció.

"Ahora solamente podrás conquistarla en casa de mi hermana, la tercera Baba-Yaga, que ella allí también descansa."

Emprendió su camino hasta encontrar la cabañita de la tercera Baba-Yaga, hizo parar la casita y entró.

Cuando llegó Basilisa-la-sabia Juan la cogió por la cabeza y la sujetó por mucho que se convirtiera en rana, sapo y serpiente. Cuando finalmente se hizo flecha, Juan la rompió en dos pedazos, y delante de él apareció Basilisa-la-sabia diciendo:

"Príncipe Juan, me entrego a tu voluntad."

La Baba-Yagí les regaló una alfombra voladora en la que volvieron a su reino.

Pasados tres días, a la mañana del cuarto día, la alfombra aterrizó delante del palacio. El rey recibió a su hijo y a su nuera con gran alegría. Invitó a todos a una gran fiesta al palacio y entregó la corona del reino a Juan para que fuera rey en su lugar.

oOo

"Queridos hijos", siguió diciendo, "vuestras esposas han cumplido con todo lo que les he ordenado, para mañana os invito a comer conmigo en el palacio."

Los hijos volvieron a casa y lo anunciaron a sus esposas.

El príncipe Juan se entristeció y se preguntó:

"¿Cómo voy a llevar la rana a palacio?"

Sentada en la silla la rana le dijo:

"Cuá-cuá, príncipe Juan, ¿porque estás tan triste?"

"Cómo no voy a estar triste", respondió él, "mi padre ha ordenado que mañana nos presentemos todos en el palacio con nuestras esposas. ¿Cómo me voy a presentar contigo?"

"No llores, no te aflijas", dijo la rana, "vete a dormir, que la mañana es más sabia que la tarde."

A la mañana siguiente Juan se preparó y se fue al palacio.

De nuevo las nueras mandaron a la criada para averiguar cómo la rana iría al palacio.

La rana abrió la ventana y exclamó con voz alta:

"Vosotros, vientos que sopláis, volad a mi reino y ordenad traer una carroza decorada con muchos detalles y con ella tienen que venir criados, mensajeros y acompañantes a caballo!"

Cerró la ventana de un golpe fuerte y volvió a su silla.

Todos estuvieron reunidos en el palacio esperando la llegada de la rana. De repente vieron mensajeros que llegaban corriendo, caballeros cabalgando y una carroza deliciosamente decorada apareció delante del portal. El rey creyó que era un rey o príncipe de otro reino y fue a su encuentro.

"No os incomodéis", dijo el príncipe Juan, "esto que veis es mi ranita arrastrándose en su cajita."

La carroza se detuvo ante el portal y de ella salió la esposa del príncipe Juan, una doncella muy bella, y todos se quedaron maravillados y se sentaron a comer. La princesa-rana bebió y lo que quedaba en el vaso lo vertió en una de sus mangas. Comió, y los huesecillos que quedaban los metió en su otra manga.

Las cuñadas le imitaron: lo que les sobraba de sus vasos lo vertían también en una de sus mangas, lo que les sobraba de sus platos lo metían en la otra. Cuando todos se levantaron de las mesas empezó a sonar música y la princesa-rana se puso a bailar. Sacudió la manga izquierda y apareció un lago. Sacudió la manga derecha y en el agua nadaron hermosos gansos y cisnes.

Todos observaron aquello y se maravillaron sobre su arte de magia. Y cuando ella dejó de bailar todo se desvaneció: el lago, los gansos y los cisnes. Las cuñadas también salieron a bailar. Pero cuando sacudieron sus mangas, salpicaron y mojaron a los que estaban a su alrededor, y los huesecillos les dañaron los ojos.

Aportación de Anabel Matos S.